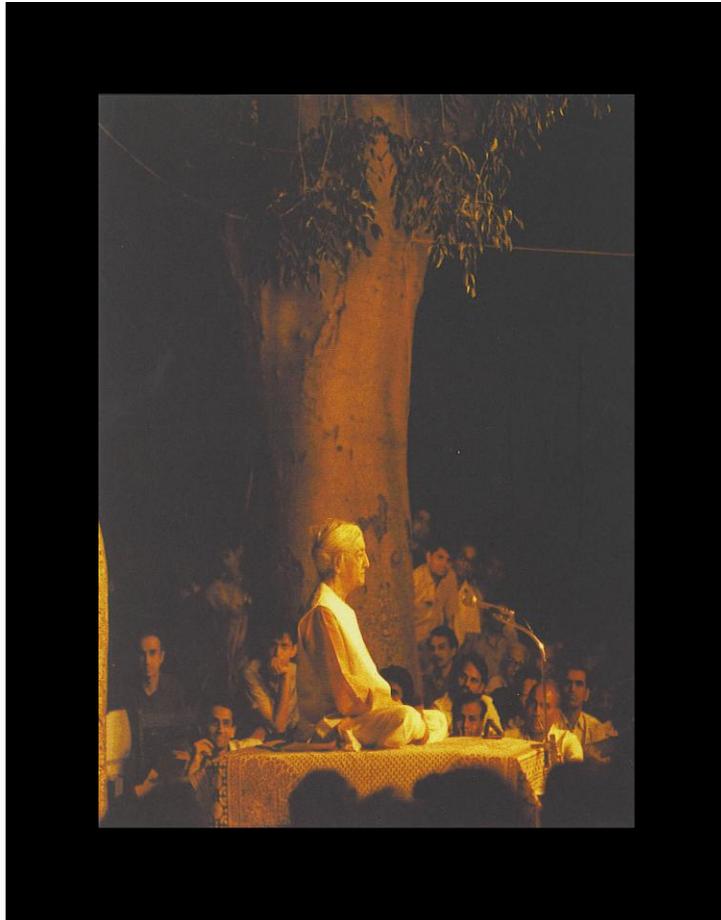


## **La merecida oportunidad del Yo**



**Kenshinkan dôjô 2017**

En aquella explanada se había congregado una multitud de personas realmente espectacular, todas y cada una de ellas deseosas y dispuestas a escucharle, tratando de encontrar en su verbo fluido algunas respuestas a sus propias preguntas, para lo cual, no pocos de aquellos fieles participantes habían viajado desde muy lejos, con la sana intención de estar presentes en la que parecía ser la última oportunidad de encontrarse con Krishnamurti.

Como en muchas ocasiones acaecidas en el transcurso de su larga y dilatada vida, el maestro regresaba al que había sido su lugar de nacimiento -Madrás, en el sureste del subcontinente indio- para reunirse con aquellos que mostraban respeto por las enseñanzas que había transmitido durante décadas, un conocimiento entregado sin perder nunca la perspectiva de la Libertad, haciendo partícipes a sus interlocutores de una idea que él consideraba esencial: cada uno de ellos tenía que hacerse con las riendas de su propia vida, dirigiendo ésta hacia donde consideraran oportuno y verdadero, sin perder la perspectiva de la individualidad y el pensamiento independiente.

Después, el gran orador subió al estrado para dictar, quizá, la más sublime de sus charlas, haciendo temblar de emoción al público participante, animando a los espectadores a ese hecho tan determinante que es el Autodescubrimiento, rompiendo una vez más con los mitos, destruyendo los miedos paralizantes, abriendo espacios para defender esa Libertad de la que tanto se ocupó en sus múltiples ensayos, conferencias y encuentros.

Una vez finalizada aquella histórica reunión, Krishnamurti se marcharía como había llegado: en completo silencio. Moriría dos meses más tarde, el 17 de Febrero de 1986, en Ojai, California.

Siempre he encontrado en los ensayos de Krishnamurti grandes oportunidades para comprender, no sólo el Budô, sino también, de manera muy especial, el devenir de mi propia existencia.

De entre todos y cada uno de los aspectos que aborda su infinita filosofía hoy he ido a detenerme en la necesidad -casi una obligatoriedad- que otorga el filósofo al hecho de "*Ser Uno Mismo*" por encima de mentores, gurús, maestros, corrientes de opinión, medios de comunicación, modas, etcétera.

En una gran cantidad de sus obras literarias -*Cartas a las Escuelas, Principios del Aprender, Tradición y Revolución*- el gran humanista establece y defiende la necesidad imperativa de pensar, hablar, decidir y realizar, según los dictados de la propia personalidad. A mí, esta defensa del propio juicio me ha parecido siempre muy apropiada para ser incorporada, definitivamente, al mundo de las Artes Marciales.

Nuestro tiempo de Budô está sujeto a muchas controversias, una de ellas es la aportación de esa, casi imprescindible, tarjeta de visita de nuestros conocimientos, un memorándum que, ante los ojos de los muchos, ha de ser revisado, confirmado, soportado y respaldado, por alguien a quién podríamos considerar un "*conocido, o re-conocido*" profesor, instructor o maestro.

En muchos ámbitos -en los sectores de Aikidô, fundamentalmente- es casi imperativo pertenecer a una "*línea de trabajo*" bien determinada, ser afines al nombre de un maestro más que ilustre, participar de una historia longeva -aunque experimentada por otros a miles de kilómetros del terreno que uno transita a diario- y ser un pequeño eslabón de una enseñanza con procedencia -siempre- lo más alejada posible de nuestra cotidianeidad.

Estas particularidades suelen tener, para una gran mayoría de aikidokas, un auténtico valor en sí mismas, siendo, a partir de ahí, desde donde se pretende construir la individualidad, la singularidad y el pensamiento propio.

Yo creo que ese camino es absolutamente erróneo, por cuanto que anula la idiosincrasia, esto es: la oportunidad de *Ser Uno Mismo*.

En la década de los años noventa se vendía en España una revista de tirada mensual que llevaba por título, precisamente: "*Ser Uno Mismo*". En aquella publicación se consideraban muchos caminos espirituales, éticos y filosóficos, pero siempre con el substrato del "*Encuentro personalizado*" como telón de fondo de los artículos que en ella se vertían.

En efecto, se desarrollara un trabajo sobre Zen, Kyudô, Filosofía, Budismo, o cualquier otro "*Camino de Vida*", la lectura concluía con una invitación a tomar partido desde la propia personalidad, a pensar según uno considerara, y a criticar, si llegara el caso, las ideas allí establecidas, pues lo prioritario era rescatar al Individuo, es decir, despertar la Individualidad; eso que, etimológicamente, significa: "*Aquello que no es divisible*".

En mi opinión, encerrar nuestras ideas, nuestro trabajo, nuestro sentir, en una línea determinada, que no nos pertenece, no es más que limitar todo aquello por lo que hemos luchado, siendo, además, un claro signo de inmadurez del budoka.

Sí. Existe un estadio que está más allá de las líneas que no nos son propias; una actitud que ha superado esa cómoda plataforma que es el hecho de dejarse guiar por otro; un lugar en el que la Libertad de pensamiento, palabra y acción, son una realidad, pues ver el mundo a través de los ojos de otro, expresarse, a través de los actos de otro, interpretar el Budô según los principios que otro defiende, nos empequeñece, nos limita como seres humanos y subestima nuestra individualidad.

Yo creo que, también en Budô, el Yo merece una oportunidad, y ésta está alejada de las líneas ajenas, aunque esas propuestas estén rubricadas por maestros de talla excepcional, personas con un bagaje más que considerable, o escuelas de renombre que bien pudieran contener en su *curriculum* cientos de técnicas de naturaleza centenaria.

Opino, además, que el trabajo del profesor ha de ser siempre facilitar en su alumnado la interpretación propia del Arte Marcial elegido.

Ese camino hacia la Libertad del alumno habría de ser siempre absolutamente imperativo.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2017